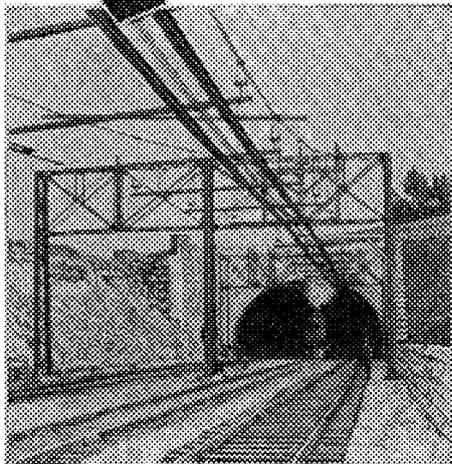


Wwebs, telarañas y otros enredos inocuos



Y en esto llegó Internet

Si hace un tiempo –no demasiado– nos hubiesen preguntado por Internet, muchos de nosotros nos hubiésemos quedado con cara de circunstancias. Hoy, sin embargo, las cosas no son así, ya que en los últimos años hemos asistido a la irrupción de Internet en todos los ámbitos, tanto científicos, como domésticos, tanto profesionales, como comerciales. Sin apenas darnos cuenta nos hemos visto rodeados por una tecnología que presume de ser capaz de dar acceso a cualquier tipo de información, en cualquier momento y en cualquier lugar. “Si usted tiene una línea de teléfono y un sencillo ordenador, nosotros le conectamos con el mundo”, nos dicen. Y lo mejor de todo es que es verdad. En estos momentos nada nos impide interrogar bases de datos remotas de manera sencilla o consultar las mil y una páginas *Web* que informan de todo lo imaginable, desde la paridad del euro hasta la cartelera de cine, desde el catálogo de la biblioteca más grande del mundo hasta la receta de la chanfaina. Sí, es cierto, en Internet hay de todo.

A pesar de que se han simplificado los procedimientos para acceder a la información, la lógica se impone: cuanta más información, más complicado será conseguir el dato necesario en el momento justo. Sí, eso también es cierto. La lógica se sigue imponiendo: si queremos emplear Internet de forma conveniente y ofrecer este servicio a nuestros usuarios, antes deberemos conocer su funcionamiento. La lógica, una vez más: estamos obligados a dedicar el

tiempo que sea necesario a familiarizarnos con los procedimientos de Internet, eso sí, sin descuidar las tareas habituales que desempeñamos en las bibliotecas. Casi nada.

Internet ha encontrado desprevenidas a la mayor parte de las bibliotecas de nuestro país. Con la honrosa excepción de las bibliotecas universitarias (y algunas especializadas) en el período de la difusión masiva de Internet o, lo que es lo mismo, en estos momentos, las bibliotecas públicas, las escolares y los restantes tipos de bibliotecas, todavía estaban preocupándose de cuestiones como la catalogación retrospectiva, el mantenimiento de sus catálogos automatizados, la ampliación de los servicios de préstamo a los materiales especiales o la organización de actividades de dinamización de la biblioteca, por ejemplo. Y ahora aparece un nuevo sistema de acceso a la información que, según dicen, es muy útil en las bibliotecas y que, según parece, es necesario dominar para emplear en la biblioteca y poder ofrecérselo a nuestros usuarios, ya que, según cuentan, es útil para obtener información, pero también como medio de entretenimiento. No hay más remedio, habrá que ponerse al día.

Internet y el motor de cuatro tiempos

Curiosamente, la automática puede ser explicada desde la mecánica, ya que el proceso de acercamien-

to y adaptación a Internet es comparable a los períodos del motor de explosión, en sentido figurado, claro está. Las fases del motor de explosión de cuatro tiempos son admisión, compresión, expansión y escape. Jugando con la retórica se puede afirmar que la primera fase por la que se debe pasar en el uso de Internet es la *admisión* de esta tecnología como un procedimiento de elevada utilidad en las bibliotecas. Superada esta fase, se procederá a su *comprensión*, es decir, a la asimilación de su funcionamiento y sus herramientas, con la intención de llegar a un uso regular y provechoso, tanto como sistema de localización de información como medio para ampliar la colección bibliotecaria, lo que implicaría una *expansión* de nuestro fondo. El proceso se completa con la salida al exterior de la biblioteca para darse a conocer más allá de sus paredes, algo equivalente a un cierto *escape* de la misma.

Cuatro son también los tiempos o las etapas que se deben seguir en una biblioteca:

- Aproximación o la necesidad de la fascinación
- Asimilación o la familiarización con los sistemas
- Aplicación o la utilización en los procesos
- Agradecimiento o la incorporación al espacio digital

La primera de las fases por las que es recomendable pasar es la de la aproximación a Internet. Esta etapa está marcada por la aparición constante de la sorpresa. Poco a poco se irá descubriendo la presencia de instituciones, personas, empresas o cualquier habitante de Internet. ¡Fascinate! Aprovecha estos momentos de inocencia digital. Todo es nuevo y, por tanto, todo nos sorprenderá. Así debe ser. Es necesario que vayamos descubriendo las posibilidades tanto en el aspecto técnico como del contenido. Prueba a buscar todas las informaciones que se te sugieran. Llena notas y más notas de uves dobles y "hachete-tepés". Confúndete. Vuelve a probar. Intenta descifrar todos los mensajes, pero no te esfuerces en entenderlos. ¿Qué es eso de "Fatal error"? ¿Qué he hecho? No pasa nada. Ante todo, mucha calma.

Una vez dados los primeros pasos, y sus correspondientes tropiezos, procuraremos asumir las distintas posibilidades que Internet nos ofrece como profesionales de las bibliotecas, así como los distintos tipos de información y los sistemas para localizar y acceder a la misma. Esto requiere leer manuales, consultar las ayudas de los programas, preguntar a otros compañeros o realizar cursos de formación. Lo que haga falta. Lo importante en esta segunda etapa es familiarizarse con los sistemas de consulta y con herramientas como el correo electrónico o la transferencia de ficheros. Ahora es el momento de descubrir que los buscadores sólo son eficaces cuando se cono-

cen sus secretos, que las listas de distribución pueden sacarnos de más de un apuro, que los catálogos en línea simplifican nuestro trabajo o que, si queremos, podemos seleccionar y adquirir las últimas novedades antes de que lleguen a nuestro proveedor. Adelante, a practicar.

Dicen que en el rugby el tercer tiempo es el mejor. En él los jugadores aprovechan –entre cerveza y cerveza– para intercambiar opiniones sobre lo bueno y lo malo del partido, lo que faltó o lo que sobró, lo que conviene repetir y lo que es mejor olvidar. En nuestro símil el tercer tiempo es también el de la experiencia. En este caso ya se tendrán los conocimientos suficientes como para sacar el máximo provecho a Internet y poder aplicarlo a las distintas tareas profesionales y servicios técnicos. Internet y todo lo que le rodea se habrá convertido en un electrodoméstico más, en un útil con una función concreta: apoyar la actividad de la biblioteca. La fascinación desapareció. Las sorpresas cada vez son menos. Las técnicas están dominadas. La asunción de Internet es plena. Se trata de un período que ya no tendrá fin, en el cual se habrá entendido la utilidad de Internet en el trabajo bibliotecario diario: para la selección e incorporación, para la catalogación y clasificación, para la difusión de la colección, para la referencia..., para todo. Eso es, hasta aquí hay que llegar.

No es conveniente terminar ya el proceso. Dice el saber popular que de bien nacidos es ser agradecidos. Esto nos invita a pensar que una vez alcanzado un grado de conocimiento y dominio suficientes deberemos devolver el favor a aquellos que nos han ayudado. Por este motivo ha llegado el momento de compartir conocimientos y experiencias. Hay varias maneras de hacerlo y éstas van desde la presencia activa en listas de distribución profesionales hasta la incorporación de páginas con información de la biblioteca para que sean consultadas por quienes estén interesados en las mismas. Otras formas de participación son la cooperación con otras bibliotecas para realizar proyectos telemáticos conjuntos y la recopilación de recursos de interés, por ejemplo. Contribuir con nuestra aportación al patrimonio de la información digital es convertirnos en artesanos de esta gran obra común que es Internet. Ahora sí, ya estamos enredados.

¿Y a mí, de qué me sirve?

Muchos son los motivos por los que podría animarse a una biblioteca para utilizar Internet. La mala propaganda que recibe la red en los medios de comunicación, por lo general derivada de usos inadecuados de Internet, hacen que muchas instituciones sean reacias a facilitar la conexión de las bibliotecas que

tutelan. Pero lo cierto es que Internet presenta más aspectos positivos que negativos. No nos sirven las críticas sobre los supuestos contenidos hirientes o la escasa calidad de muchas de las páginas que pueden ser consultadas en la red. Al igual que en nuestras bibliotecas conviven obras de informaciones delicadas con otras de textos cándidos o publicaciones literarias o científicas de seriedad demostrada con otras deportivas o de espectáculos de gran éxito pero poca calidad, así, en Internet, la utilidad de la información es muy dispar. Ello no debe ser causa de exclusión o desprestigio del contenido global de la red.

Si una biblioteca todavía no tiene conexión a Internet puede ser por varios motivos. El primero es la falta de apoyo de las instituciones, ya sea porque no se ve la necesidad o por alegar altos costes en su instalación y mantenimiento. Si esta es la razón la solución es sencilla. Internet es algo útil y barato, aunque podría serlo más todavía. Más adelante se incidirá en las aplicaciones bibliotecarias de Internet, pero ahora hay que rebatir el argumento económico. Internet puede ser una herramienta gratuita para la mayor parte de las bibliotecas. Si se cuenta con un ordenador personal sólo habrá que buscar una conexión que no resulte gravosa. Las bibliotecas escolares lo tienen fácil, ya que el Ministerio de Educación y Cultura está facilitando que los centros escolares se conecten a sus servidores. Sólo habrá que solicitar el alta y poner en marcha el servicio. Las bibliotecas públicas deben buscar otras vías, puesto que pocas instituciones cuentan con redes propias, factor que reduce los gastos del acceso. Para ello se puede optar por solicitar la conexión a las redes universitarias de la zona o bien formalizar un acuerdo con un proveedor comercial para que permita la conexión a modo de patrocinio o mecenazgo. Si nada de esto es posible habrá que plantearse la vía de contratar un servicio comercial de acceso a Internet. Por unas diez mil pesetas al año se puede disponer de una conexión fiable. Aparte estarían los gastos de llamada que, gracias a los acuerdos de tarifas planas, se hacen cada vez más asequibles para centros como las bibliotecas.

Otro de los motivos que está retrasando la entrada de Internet en las bibliotecas es el desconocimiento o la desconfianza hacia esta tecnología. ¿Para qué quiero yo eso? Varios son los motivos por los que una biblioteca debe trabajar con Internet y diversas las aplicaciones que un profesional bibliotecario encuentra a este medio de acceso a la información. Todos ellos se pueden agrupar en tres bloques:

- Internet como medio de información
- Internet como herramienta profesional
- Internet como colección externa de documentos

Quien haya trabajado con Internet sabe que la red se está convirtiendo en el principal recurso de información. Gracias a los distintos sistemas mediante los que trabaja Internet es posible comunicarse con otros profesionales, ya sea directamente o a través de listas de correo; además, el hecho de que la información sea de acceso público hace que tengamos ante nosotros una gran biblioteca para escoger los documentos que nos hagan falta. En muchas ocasiones sólo un colega puede ayudarnos a resolver problemas inmediatos. Internet favorece este tipo de contactos y posibilita la cooperación entre profesionales con las mismas inquietudes.

Pero Internet presenta un amplio espectro de aplicaciones para el trabajo bibliotecario. Aparte de las ya vistas, relacionadas con la comunicación entre el personal o con otros colegas y la participación en listas de discusión, Internet es útil en cualquier ámbito bibliotecario: selección, adquisiciones, catalogación, préstamo, difusión, etcétera. No se quiere aquí ofrecer ejemplos de páginas *Web* de utilidad demostrada en la gestión bibliotecaria, eso queda para un número posterior de esta revista; sin embargo, a nadie le costará entender el beneficio que supone el acceso directo a bases de datos y catálogos bibliotecarios, a repertorios y colecciones de referencia, a publicaciones electrónicas, a las grandes librerías que exponen sus productos en línea... En fin, que basta una simple mirada al caudal de Internet para comprender que quienes nos dedicamos a las bibliotecas somos uno de los colectivos más favorecidos por la aparición de Internet.

El último argumento de la necesidad de Internet en las bibliotecas es el hecho de que todas presentan limitaciones, ya sea en cuanto a su fondo, su espacio o su presupuesto. Internet también ayuda a poner remedio a este problema, ya que a través de nuestro terminal podremos acceder y dar a acceso a nuestros usuarios a un sinfín de informaciones que de ninguna otra manera podríamos obtener. Los usuarios requieren materiales muy dispares y a ningún profesional le gusta decir: "no, no tenemos nada de eso". Este obstáculo se ha podido resolver mediante la búsqueda en la red de la información demandada. No todo se encuentra, pero un alto porcentaje de consultas podrá resolverse gracias a Internet. En definitiva, Internet no es más que una gran biblioteca.

La razón de este texto no es otra que desmitificar el uso de Internet y animar a quienes todavía no lo aplican a su trabajo diario y a sus servicios bibliotecarios a que lo incorporen cuanto antes. Internet no es la panacea a los problemas bibliotecarios, pero sí un recurso profesional de evidente interés. ☑

José Antonio Merlo Vega